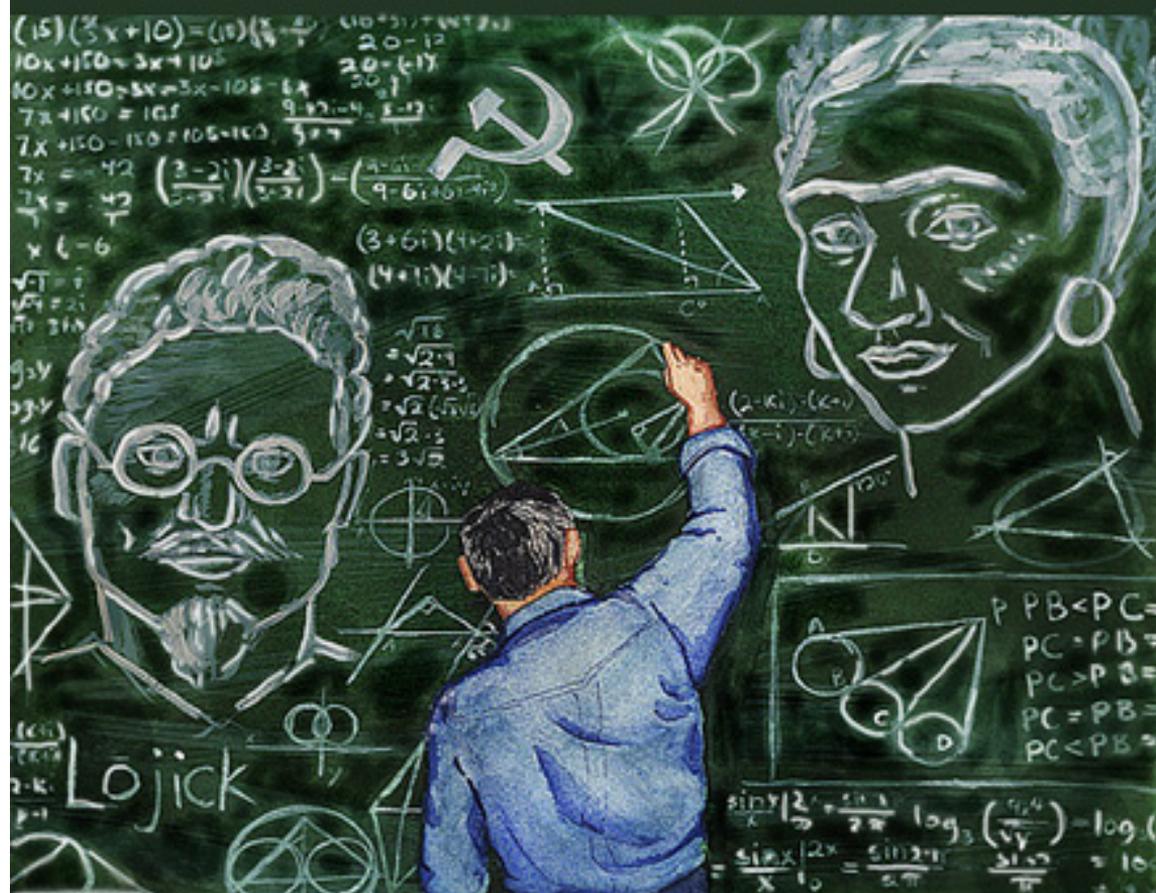


# El álgebra de la revolución

Jean van Heijenoort



Ediciones **MASAS**

La Paz - Bolivia

2025

# El álgebra de la revolución

J. Van Heijenoort

Febrero de 1940

18 de febrero de 1940, *Fourth International*, mayo de 1940, bajo el nombre de J. Gerland. Versión al castellano desde:

Una ola que se aleja deja las piedras más pesadas primero, después los guijarros y lleva la arena un poco más lejos. Para los desertores del marxismo, la piedra más pesada es el mismo corazón de la doctrina (su método), la dialéctica. Es lo primero que abandonan. Es larga la lista de los revolucionarios fatigados que desde ahora hace casi tres cuartos de siglo llevan denunciando a la detestada dialéctica mientras que durante cierto tiempo siguen reconociendo “el determinismo económico” de la historia o incluso la “necesidad histórica” del socialismo.

En la retirada de la ola se puede observar el mismo fenómeno. El flujo arrastra la arena durante mucho tiempo antes de mover las piedras. Una persona que se acerca al marxismo, (sobretudo si ha superado la edad de su juventud intelectual) comprende sucesivamente los diferentes aspectos aislados y abstractos antes de haber accedido a la integridad del método (y no es raro que se detenga a mitad camino).

El marxismo debe sufrir, así, perpetuos intentos de desmembramiento. La dialéctica es el punto de acumulación de la resistencia que opone el pensamiento pequeño burgués al marxismo.’

Esta resistencia reviste diferentes formas sociales, políticas o

filosóficas, pero se expresa en argumentos que se despliegan en un campo muy estrecho: “Marx retomó la dialéctica del idealista Hegel. Mantuvo el misticismo de sus orígenes que mancha al pensamiento marxista”. Para los críticos más severos es el defecto fundamental del edificio, “una metafísica” que llevó a Marx a emitir aseveraciones sin fundamento, afirmaciones exageradas, a encerrarse en especiosas paradojas, todo ello ocultando su trabajo “económico” y amenazando con arruinar sus conclusiones “científicas”. Según críticos más amables, si la dialéctica no es verdaderamente perjudicial para la solidez del edificio es, sin embargo, inútil; es un camelo heredado del pasado y que debería haber sido eliminado (en otro siglo Marx habría ligado su doctrina, por otra parte, con otra filosofía, ¿con el pragmatismo?) y no se habría planteado el problema de la dialéctica. La dialéctica no es en el marxismo otra cosa más que un accidente histórico. Está de acuerdo con el “verdadero” espíritu de la doctrina despojarse de este vestigio de otra época. No temamos, quitemos esta inútil protuberancia que puede en cualquier momento devenir el foco de una nueva infección de misticismo.

Esta acusación de misticismo, la más ampliamente propagada de todas las lanzadas contra el marxismo dialéctico, no se sobrecarga con demasiadas pruebas. De hecho es muy difícil producir la más mínima de ellas. Para refutarlo sería suficiente con mostrar cómo Marx opone en sus pasajes su método racional al método místico del idealismo. ¿Acaso el marxismo, desvelando las raíces sociales de todo el bagaje místico con las que ha acarreado la filosofía durante siglos, no ha puesto para siempre una cruz sobre el misticismo?

Sin aportar ni la más pequeña parte de una cita de Marx, nuestros críticos recuerdan a quienes lo hayan olvidado que Marx pasó en su juventud por la escuela del idealismo hegeliano y que ello

“no podía dejar” de marcar una huella en su espíritu. Pero les es necesario suministrar una explicación del por qué Marx desarrolló la más fundamental negación del idealismo que la humanidad haya formulado hasta el presente.

El misticismo pide esencialmente que el espíritu se libere él mismo de las categorías lógicas. Presionado por el deseo, la unificación del sujeto con el objeto se cumple inmediatamente y la “fusión” sobreviene del exterior de toda enunciación lógica. La dialéctica no rechaza esas categorías, pero revela sus interconexiones y su desarrollo. No niega la lógica sino que le da, con nuevos instrumentos, un nuevo poder. Su poder ampliado extiende su dominio y reduce en consecuencia el del misticismo. La lógica formal, muy a menudo obligada a capitular ante la realidad, deja el campo libre al misticismo. La dialéctica se ha revelado ser el mortal, y victorioso, enemigo del misticismo desvelando todo el poder de la razón humana.

Antes de Marx, las ciencias humanas sólo se componían de banalidades, dando testimonio de la impotencia de la lógica contemporánea para dominar una realidad compleja (siendo esta impotencia un reflejo de las condiciones sociales existentes). Esas “ciencias” no eran el conocimiento racional sino que sólo eran la proyección de deseos y de aspiraciones, es decir que tendían ampliamente hacia el misticismo. La dialéctica puso fin a todo esto.

### Otra ilustración:

La inveterada aversión del pensamiento anglosajón a la dialéctica es muy conocida; su fuente radica en la historia del desarrollo de la sociedad inglesa. El empirismo y el agnosticismo, que tan bien

adaptados están a este espíritu, lo hundieron hacia mitad del último siglo en profundas contradicciones que no podrían ser resultas más que por el materialismo histórico. ¡Cuán lejos de comprenderlo están nuestros profesores británicos! Han hecho un desvío en el camino del empirismo dirigiéndose hacia el absoluto. Se han apropiado en particular el sistema de Hegel, es decir de su envoltura, sin incluso remarcar que abrigaba un núcleo viviente y desde hace numerosas decenios las universidades británicas y estadounidense se han librado a orgías de idealismo absoluto. El pragmatismo fue en parte una reacción contra estas corrientes místicas, pero de ninguna manera una solución a las dificultades que únicamente puede superar la dialéctica.

Entre los “defectos” evocados de la dialéctica, la acusación de que se trataría de un sucedáneo de metafísica y la de que es misticismo. Esta misma aserción no es fácil de formular. La metafísica está en el origen de la búsqueda de las “causas primeras”. Hegel utilizó el término en el sentido muy diferente y caracterizando al pensamiento antidialéctico del siglo XVIII y, ante todo, al racionalismo francés. Los fundadores del socialismo científico lo introdujeron en este sentido en el vocabulario marxista. En el pensamiento corriente el término “metafísica” se ha depreciado a lo largo del siglo XIX y cada crítico se ha contentado, simplemente, con lanzárselo a su adversario. Finalmente, a consecuencia del positivismo de Comte, los científicos etiquetaron como metafísica todo aquello que iba más allá de su pequeño objetivo de ciencia cortada en finas lonchas, y en particular no importa quién abordase la obligación, tan desagradable para los científicos burgueses, de escoger entre materialismo e idealismo.

Los críticos de la dialéctica le colocan la etiqueta pasablemente

comprometida de “*metafísica*” sin tan siquiera tomarse la molestia de indicar qué quieren decir con ello. ¡Para que molestarse por una simple reliquia! El marxismo dialéctico, lo confesamos, es “metafísico” en el sentido que participa vigorosamente en la lucha del materialismo contra el idealismo. A este respecto, el mismo materialismo es metafísico en el sentido en que trasciende la experiencia inmediata y en que es imposible demostrarlo como un simple teorema de geometría. Incluso es a penas justo decir que el materialismo encuentra su “prueba” en el *estado* de la ciencia en una época determinada. Su verdad reside en el *desarrollo* general de la ciencia, en el movimiento que sin cesar profundiza el poder de la razón, en la posibilidad siempre más amplia de ir más allá de la hipótesis de Dios.

Seria aún demasiado comprometedor para nuestros críticos rechazar simplemente el materialismo como “metafísica”. Generalmente todavía no han alcanzado este estadio en el momento en que nos ocupamos de ellos. En consecuencia, se limitan a la dialéctica y su principal argumento para calificarla de “metafísica” consiste en el hecho que pueden muy bien vivir y actuar sin ella y que la dialéctica, además, no está sujeta a verificación. En su forma más franca, el argumento queda convertido en una pura y simple denegación de la dialéctica: “Sólo es un mito, una ficción (nadie sabe qué es eso)”. O algunos la ven como un puro ornamento literario con el que Marx decoró tesis muy áridas y del que extraía brillantes metáforas. “Pero todo eso no tiene nada en común con la ciencia. Además, ningún marxista ha formulado jamás sistemáticamente las leyes de la dialéctica.” Parece que es esto lo que nuestros críticos quieren decir cuando hablan de “metafísica”.

El marxismo, hay que reconocerlo, no tiene un tratado detallado

sobre la dialéctica. Marx indicó en diversas ocasiones (en sus cartas a Engels, Kugelmann, Dietzgen) su intención de escribir una breve exposición teórica de su método. Murió trabajando todavía en su *El Capital*. Engels, tras su *Anti-Dühring* había emprendido investigaciones sistemáticas sobre la dialéctica, sobretodo en relación con las ciencias naturales. Tuvo que abandonarlas muy pronto para volcarse en la ardua tarea de desciframiento y publicación de los tomos segundo y tercero de *El Capital*. Lenin, en su aislamiento en los primeros meses de la guerra, tomó notas de Hegel y Aristóteles para preparar un estudio sobre la dialéctica, pero el huracán de los acontecimientos decidió lo contrario.

Es dudoso que el marxismo pueda tener algún día, antes de la llegada del socialismo, un manual de dialéctica. Cuanto más se desarrolla el movimiento obrero, más pasan a primer plano las cuestiones políticas, estratégicas y tácticas. Y esto es reconfortante (es el signo que los problemas encuentran sus soluciones en la acción). A quienes pueden deplorarlo sólo les podemos decir que no se escoge ni a los parientes ni a la época. El estudio metodológico de la dialéctica, que también será la preparación de su reemplazo por métodos de pensamiento cada vez más potentes, será una de las tareas de la sociedad socialista. Este estudio formará parte del inventario general que la nueva sociedad levantará de la herencia recibida de las generaciones precedentes.

La situación en lo que concierne a la dialéctica no es más radicalmente diferente a la de la cultura en general. De la misma manera que no es posible plantearse una cultura “proletaria”, tampoco es posible proyectar el desarrollo sistemático de una filosofía proletaria. La verdad es que la dialéctica no pretende otra cosa más que ser un método, la expresión del movimiento del pensamiento que busca

trascender la experiencia inmediata. Con Marx encontró su aplicación práctica en el dominio en el que el conocimiento científico era más extraño: la sociología. En cualquier sociedad dividida en clases, las “ciencias humanas” se arrastran muy por detrás de las ciencias naturales (la clase poseedora no tiene ningún interés en revelar el mecanismo de su dominación). La época burguesa constituye la ilustración más contundente de este hecho. Pero un método es un instrumento para llegar a la verdad, y allí donde los frenos sociales están apretados hasta el fondo es exigible un método mucho más potente que el relativismo de las ciencias naturales. La dialéctica coincide con el papel revolucionario del marxismo: el objetivo impone su método pues no puede encontrar su realización a través de ningún otro.

Por el momento el producto más auténtico del método dialéctico, conscientemente aplicado, es *El Capital*. Los grandes temas de la lógica hegeliana son en él directamente aparentes, (el mismo modo de exposición con su movimiento de la abstracción a lo concreto, el desarrollo de las categorías, la oposición de la esencia profunda a la existencia inmediata, la noción de la totalidad concreta, etc., todas ellas ideas extrañas tanto al racionalismo cartesiano como al empirismo anglosajón). A quienes exigen un manual de dialéctica les podemos responder vigorosamente: Tomad *El Capital* de Carlos Marx.

Pero ese libro no es únicamente un tratado de lógica. Revela el movimiento de una realidad singularmente difícil de penetrar (la sociedad capitalista moderna) y lo hace con una exactitud sorprendente. Aquí el método debe juzgarse por sus propios resultados. Hemos tenido que esperar a los críticos anglosajones para escuchar esta sorprendente demanda: que los marxistas digan

a qué prueba puede ser confrontada la dialéctica para que se la considere como “verificada”. Esto sólo es una versión “moderna” de la acusación de “metafísica”. A estos también se les debe responder: tomad *El Capital*. Si se puede hablar de una “prueba” en tal dominio, he aquí una prueba real y crucial. ¿Nuestros críticos pueden citar un solo libro (y no hablo solamente del dominio de la sociología, no tendrían ningún riesgo, sino de cualquier ciencia) que se haya mantenido tan actual después de setenta y cinco años y que haya mantenido toda su validez? ¿El método no significa nada al respecto? Esto sería acreditar al “misticismo” y a la “metafísica” con un poder extraño, creerlos capaces de tales proezas.

La primera cuestión a plantear a quienes niegan el carácter científico de la dialéctica es preguntarles qué quieren decir con “método científico”.

Generalmente olvidan definir este pequeño detalle. Lo que repiten los manuales al respecto son lo más frecuentemente reglas morales y no principios metodológicos. Los mismos científicos no se ponen voluntariamente a disertar sobre sus métodos en tanto que no nutren la esperanza de depreciar el valor de la ciencia mostrando su relatividad. Esta tendencia se ha podido observar desde hace aproximadamente cuarenta años. Si se examina el trabajo de estos mismo científicos, se puede decir que está constituido con una mezcolanza de sentido común, es decir de la lógica formal convertida en calderilla y de la dialéctica bajo una forma inconsciente y fragmentaria. La práctica de la dialéctica comienza precisamente allí donde interviene verdaderamente un progreso del pensamiento y se impone un poco más cada vez que el pensamiento va más allá de los datos inmediatos. Las grandes teorías unificadoras (le teoría electromagnética de la luz, por coger un ejemplo) son bellos

trabajos dialécticos. Pero la acción a llevar a cabo está muy lejos de la formulación de las leyes de la digestión. Como epígrafe al principio de todos los trabajos de Marx se podría muy bien escribir: “¡*más conciencia!*” La dialéctica se sitúa precisamente en esta tendencia. Enuncia y busca sistematizar los modos de reflexión que acompañan a los diferentes niveles de inteligencia, desde los tiempos en que ésta comenzó a ejercer sus derechos, es decir a trascender lo que se le presenta, y en el caso en que el pensamiento se gira sobre sí mismo (como en la lógica formal), pero avanza sin reparar en obstáculos.

Una realidad particularmente correosa, el desarrollo de las sociedades, para poder ser penetrada ha exigido la utilización consciente de los procesos más potentes del pensamiento; más precisamente la aparición en un momento determinado del materialismo dialéctico. La sociología se ha visto así obligada, bajo pena de desaparecer, a adquirir el método llegado a su más alto grado de perfección entre los desarrollados hasta el presente por la inteligencia humana y en este sentido ha abierto la vía a otras ciencias. ¿Es necesario añadir que esta última, con un uso consciente de la dialéctica, la agudizará y enriquecerá? La misma dialéctica será superada llevada por la corriente entera de los conocimientos humanos. Pero eso será tarea de la futura época como hemos visto.

\*\*\*

El físico Henri Poincaré remarcó una vez que no se pueden hacer experimentos sobre la guerra. Esto es aun más verdadero referido a la política del proletariado. De la misma manera que la medicina se basa en la fisiología, la política marxista reposa sobre la sociología. Pero la segunda, desgraciadamente, no tiene ningún laboratorio a su disposición. El partido marxista puede realizar experimentos

solamente a una escala extremadamente restringida: “evaluar” tal o tal otra consigna parcial en una fábrica, en una ciudad, antes de lanzarla a escala nacional. En las cuestiones decisivas, no tiene ningún derecho a la *experimentación*. En consecuencia, la observación adquiere un valor de los más importantes. Los marxistas estudian escrupulosamente el pasado y ante todo las tradiciones de su clase y sus luchas.

De aquí le proviene la acusación de conservadorismo, frecuentemente repetida por los novadores de hoy en día contra la doctrina socialista científica.

Centenares y millares de círculos de parlanchines, artísticos, literarios, filosóficos y, algunas veces, políticos, prosperan sin cesar entre la *intelligentsia* pequeño burguesa. Atrapan al vuelo tal o tal otra idea, construyen toda “una teoría” a partir de eso y viven de ella durante algunos meses o años. Los marxistas no tienen nada en común con esos “aventureros del pensamiento”. Los revolucionarios socialistas están en los primeros puestos de una clase histórica toda entera, el proletariado. Conocen el valor de una tradición duramente adquirida.

En lo que concierne a la dialéctica, esta tradición habla con una voz singularmente clara y fuerte. En la medida en que le han dado una justificación teórica a su naufragio (y no hablo por tanto evidentemente de los Millerand o de los Briand), prácticamente todos los renegados de la revolución se han adentrado en la vía del abandono de la doctrina social, económica y política del socialismo rechazando la dialéctica. A principios de este siglo, el socialdemócrata alemán Bernstein publicó un libro contra el marxismo que puede ser considerado como la expresión clásica del

reformismo. El mismo capítulo en el que el autor trata de demoler la dialéctica como mística y anticientífica acaba con la afirmación que la política de Marx sólo es blanquísimo... Esto son lecciones que ningún revolucionario socialista puede olvidar.

El revolucionario ruso Hertzen llamó a la dialéctica el “álgebra de la revolución”. En realidad es mucho más que eso, su valor se extiende a todo conocimiento humano, de la sociedad o de la naturaleza. Pero por lo menos es eso. Todo el socialismo científico la reclama. Si Marx no hubiese encontrado en Hegel las formas esenciales de la dialéctica, las habría elaborado más o menos completamente. El movimiento obrero igualmente, caso de no haber vivido Marx, habría producido un socialismo científico fundamentalmente idéntico al marxismo, aunque sin duda mucho más inferior a él en su forma. Tratar ahora de separar la dialéctica del marxismo es una tarea tan reaccionaria como querer “purificar” el movimiento obrero del marxismo. En una u otra de estas tentativas, los críticos se romperán la crisma y no lograrán más que condenarse a sí mismos.

18 de febrero de 1940

¿Dónde estaba usted a sus 20 años? En 1932, un joven comunista francés hijo de neerlandeses está armando sus valijas. Su destino, una pequeña isla turca a unos treinta kilómetros de Estambul. Su objetivo, ser el nuevo secretario personal de León Trotsky, el gran revolucionario ruso en el exilio. Un siglo extraordinario contiene vidas extraordinarias. Una de ellas es, sin dudas, la de Jean Van Heijenoort, una vida que, como el siglo que le tocó vivir, tuvo Revolución y esperanza, pero también tragedia y desencanto. Con motivo del 35 aniversario de su muerte, repasamos la vida de uno

de los personajes más importantes en el entorno de Trotsky en el exilio.

## París

A comienzos de los años treinta el mundo era un polvorín. El crack de la bolsa de 1929 había desatado la mayor crisis capitalista de la historia hasta entonces. En Alemania, el nazismo se encontraba en franco ascenso. Las ondas de choque de la inmensa Revolución Rusa todavía se hacían sentir en la combatividad revolucionaria de la clase obrera europea. Contradictoriamente, al interior de la URSS, la contrarrevolución estalinista avanzaba al ritmo de la industrialización acelerada y de la brutalidad de la colectivización forzosa.

Trotsky, que desde 1923 había emprendido abiertamente su lucha contra la burocracia, fue forzado por Stalin a exiliarse al interior de la propia URSS primero, en 1927, y dos años después sería expulsado definitivamente. Desde 1929, su exilio en la pequeña isla de Prinkipo marcaría el inicio de su vida “en un planeta sin visado», que lo llevaría de Turquía a Francia, de allí a Noruega y por último a México. Cuando en 1932 Raymond Molinier, entonces principal dirigente del grupo trotskista francés, le dijo a Van Heijenoort que viajaría a Turquía para ser secretario y guardaespaldas de Trotsky, el joven Van -como lo llamaría luego cariñosamente Trotsky- probablemente no imaginaba que su nueva tarea militante le guardaba tantos y tan disimiles destinos, y que cuarenta años después consideraría necesario escribir un relato del recuerdo de esos años de peripecias y vicisitudes.

Para 1932, los trotskistas franceses habían sido todos expulsados

del Partido Comunista y habían formado la Liga Comunista, que contaba con no mucho más de una veintena de militantes verdaderamente activos, y editaban su propio periódico, *La Verité*. Sólo Van se había sumado directamente a la Liga sin pasar antes por el Partido Comunista. Había terminado un internado de nueve años, destacándose en las matemáticas, y era un joven revolucionario convencido.

La situación política era muy compleja. En Alemania, el estalinismo estaba en plena política del “tercer período», rechazaba el frente único con la socialdemocracia contra el fascismo y los catalogaba de “socialfascistas”. Trotsky, que seguía los desarrollos desde su exilio en Turquía, intentaba ofrecer una línea política adecuada ante el avance del nazismo, denunciando la política desastrosa de la Internacional Comunista en decenas de cartas, artículos y folletos, “*los más brillantes de todos los que produjo en el exilio*», según el propio Van.<sup>1</sup>

En Francia, la Liga intentaba hacer mella con el debate de Alemania entre las filas de los militantes estalinistas. Pero la militancia en el trotskismo tenía sus dificultades. Una, el pequeño tamaño de la organización. Otra, los ataques y la persecución de los estalinistas. Un cuadro que pinta Heijenoort retrata de manera contundente (literalmente) el clima y también las relaciones de fuerzas entre estalinistas y trotskistas:

*“El Partido Comunista Francés convocó, para el 27 de julio, a un gran mitin en Bullier, a fin de justificar la injustificable política del Partido Comunista alemán (...). La Liga había decidido hacerse*

---

1- Van Heijenoort, J. *Con Trotsky en el exilio: de Prinkipo a Coyoacán*,

*oír. Queríamos explicar una vez más que las organizaciones socialistas y comunistas debían formar un frente unido contra Hitler. La sala estaba repleta. Y nosotros, apenas unos veinte, en medio de la multitud (...). Raymond Molinier gritó: ‘¡Pedimos la palabra para una declaración de cinco minutos!’ (...) A una señal de Pierre Sémard, uno de los dirigentes del Partido Comunista francés y, sin duda, el que tenía ya una especialidad en perseguir a los trotskistas (...) se apoderaron de unas sillas y empezaron a golpearlos. Yo fui uno de los que más recibieron. Me sacaron con la cabeza ensangrentada.”*

En ese contexto de álgido debate y enfrentamiento político, con el nazismo a las puertas en Alemania y con abundantes y urgentes intervenciones por escrito de Trotsky como orientación para los distintos grupos comunistas opositores al estalinismo es que llegó de Turquía la noticia de Jan Frankel, un trotskista checo que hacía las veces de secretario privado de Trotsky, de que necesitaban un nuevo ayudante. Raymond Molinier le ofreció la oportunidad entonces a Van. La principal razón: era el único que sabía leer ruso, idioma que había aprendido por su cuenta. En Octubre de 1932 partió hacia Turquía a encontrarse con Trotsky, con quien compartiría prácticamente todos los días de su vida durante los próximos siete años.

## De Prinkipo a Coyoacán

Van se integraría de inmediato a la vida de exiliados de Trotsky y Natalia, una vida que combinaba extrañamente la vida de una figura política revolucionaria eminente como la de Trotsky con el aislamiento y la cotidianeidad de un exilio que lo llevó a varios países. Así, las preocupaciones oscilaban desde ir a pescar todas

las mañanas hasta organizar la guardia de la noche precaviéndose de algún intento de asesinato por parte de la GPU. Porque lo cierto es que Trotsky, aun en su aislamiento, estaba muy lejos de estar retirado de la vida política: *“En 1932, Stalin habría de darse cuenta de que había cometido un error al dejar salir a Trotsky de Rusia. En el extranjero, Trotsky encontró nuevos amigos, publicó el Boletín de la Oposición en ruso y derramó una catarata de libros, folletos y artículos. La posibilidad de que Stalin quisiera ‘corregir’ su error asesinando a Trotsky creció de año en año.*

Entre negociaciones con las autoridades locales para conseguir visas de viaje, intervenciones de Trotsky en disputas al interior de los grupos trotskistas (en particular el francés), discusiones acerca de cómo organizar la cocina y la limpieza de la casa, la preparación de los cuartos para la casi permanente llegada de visitantes del extranjero, los dictados de artículos de Trotsky a veces en ruso, a veces en alemán, y a veces en Francés, todos ellos que necesitaban traducción para el Boletín, el escondite permanente de los periodistas y la guardia atenta frente a los agentes de la burocracia de Moscú, la vida política de Trotsky en el exilio era mucho más activa de lo que podría parecer a simple vista, y al mismo tiempo, el relato de Van no pierde la oportunidad de, en el medio de todas esas disputas y arduo trabajo, ilustrar la cotidianidad de la vida con Trotsky, Natalia y los demás ayudantes, la personalidad del hombre detrás de la gran figura histórica, *“la vivacidad de sus gestos y de su discurso que atraía inmediatamente la atención”*, y hasta sus costumbres hogareñas en las cuales, con todo, no dejaba de ser León Trotsky: *“Trotsky no comía mucho. Además, parecía no prestar atención a lo que comía. Durante los siete años que comí tres veces por día sentado a su derecha, nunca le oí hacer observación cualquiera sobre un platillo. Podía hablar de las diferencias entre las manzanas francesas y las*

*manzanas americanas, pero no se trataba de sus gustos personales, sino que enunciaba observaciones sociológicas.”*

El relato de Van de esos años contiene la vivacidad de quien está transmitiendo sus propios recuerdos, que no se transmiten como un objeto, sino como una experiencia vivida pero también viva, resignificándose a cada paso, también al ser transmitida: “*su transmisión es una reconstrucción, reconstrucción para quien escribe y reconstrucción, quizás diferente, para quien lee*”. Van nunca pretendió otorgar una descripción cerrada de la personalidad de Trotsky, mucho menos una biografía, y evitó adrede volcar en el texto sus propias conclusiones sobre Trotsky, el hombre y el político. No hay ningún recurso a la autoridad de haber convivido con Trotsky para tratar de hacer sus conclusiones más válidas que otras. Su relato es una especie de “socialización de sus recuerdos”, es un relato abierto a quien quiera entrar y hacer algo con ellos.

Esta actitud discreta del propio Heijenoort de “correrse del centro de sus propios recuerdos”, coincide con su propia actitud de entrega militante de sus años con Trotsky, donde construyó toda una vida al servicio de la Oposición primero, de la Cuarta Internacional después, al límite de incluso ofenderse si alguien le dedicaba algún reconocimiento personal. Pierre Broué recuerda una anécdota al respecto: Al regresar de una de sus visitas a Trotsky en México, André Bretón pronunció un discurso en Francia. Cometió el “pecado” de dedicarle unas palabras a Van: “*Es con la mejor gracia del mundo que él toma sobre sí una tarea abrumadora: diez a doce horas de trabajo y, como debe ser asegurada sin cesar la vigilancia de la casa, cuatro horas de guardia a la noche. El camarada Van es uno de esos revolucionarios de la cabeza a los pies como los quiere*

*Trotsky.*”<sup>2</sup> Muchos años después, “*Un día de julio de 1982 –cuenta Pierre Broué– encontré en Harvard una copia de la protesta que (Van) le había dirigido a Breton con fecha del 6 de diciembre de 1938: ‘P.S. – Me escribieron de diferentes lados sobre un discurso suyo donde trataba sobre mí. Qué fastidio.’ En esta protesta está comprendido todo Van.*”<sup>3</sup>

Su relato, por otra parte, permite también comprender la dimensión de la convicción revolucionaria de Trotsky, la entereza de la conciencia de su papel histórico a pesar de la dureza de sus tragedias personales y los terribles golpes del estalinismo que buscaban quebrarlo. Por supuesto, los dos hechos más importantes fueron, primero, el suicidio de la hija de Trotsky, Zina, y el asesinato por parte del estalinismo de León Sedov, su hijo, después. Así lo recuerda Van:

*“El 5 de enero, Zina se suicidó con gas en Berlín. Liova (así llamaban a León Sedov, RF.) envió a Natalia un telegrama que llegó el 6 (...) Trotsky y Natalia se encerraron inmediatamente en su habitación, sin decirnos nada. (...) En los días que siguieron, Trotsky entreabría de tanto en tanto la puerta de su habitación para pedir una taza de té. Cuando, unos días más tarde, salió para ponerse de nuevo a trabajar, tenía los rasgos devastados. Dos profundas arrugas se le habían formado a cada lado de la nariz y le enmarcaban la boca. Su primer trabajo fue dictar una carta*

2. Bretón, A. Discurso pronunciado en un mitin del PCI (Partido Comunista Internacionalista de Francia) el 11 de noviembre de 1938, Cahiers Léon Trotsky N° 12, Institut Léon Trotsky de Francia.

3- Broué, P. Cahiers Léon Trotsky n° 26, junio de 1986. Publicado en *Con Trotsky*.

*pública dirigida al Comité Central del Partido Comunista ruso en la que hacía recaer la responsabilidad de la muerte de su hija sobre Stalin.”<sup>4</sup>*

Era, también, la época de las grandes purgas en la URSS, y junto con ellas, las capitulaciones, que aunque no dejaron de ser forzadas por la represión burocrática –algo de lo que Trotsky era muy consciente- no dejaban de ser un golpe emocional muy fuerte, en especial cuando entre los capituladores aparecía algún nombre de quienes habían luchado codo a codo con el propio Trotsky contra la burocracia. Un nombre, sin duda, dolió especialmente: el de Christian Rakovsky.

*“Trotsky no tenía alrededor suyo ni adornos ni recuerdos, Durante un tiempo conservó cerca de su cama una fotografía de Rakovsky que había sido, sin duda, su amigo personal más cercano en Rusia. La fotografía había salido de Rusia en 1932, en condiciones difíciles. En abril de 1934, después de la capitulación de Rakovsky, yo estaba quemando papeles sin valor, viejos borradores, en el jardín de la residencia de Barbizon, cuando Trotsky se acercó y me dijo, tendiéndome la fotografía de Rakovsky: ‘Tenga, puede quemar esto también.’”*

Las tragedias personales se enredaban con las políticas, haciendo imposible distinguir una esfera y otra de la vida de Trotsky, y de todos quienes estaban con él. El relato de Van Heijenoort retrata bien esa característica propia de esos agitados años del siglo XX donde la individualidad se funde -pero a la vez se forma- con los grandes acontecimientos sociales y políticos. Un fenómeno que en toda su dimensión puede parecernos todavía abstracto en nuestra

---

4. Van Heijenoort, *Op. Cit.*

época histórica, aun subsidiaria del individualismo pequeño burgués y posmoderno de fines del Siglo XX y principios del XXI, pero que empieza a ser cada vez más real con una lucha de clases cada vez más polarizada. El relato de Van de esos años con Trotsky adquiere quizás más profundidad en nuestra época, siendo *“reconstruido por el que escribe, pero también por el que lee”*.

A la represión y persecución estalinista, los ataques a los grupos trotskistas y difamaciones en los diferentes países – que se multiplicaron y se hicieron más furibundas, por parte del estalinismo, a partir de la llegada de Hitler al poder en Alemania- y por supuesto, el peligro constante a la seguridad del propio Trotsky, había que sumar el problema de la infiltración en las organizaciones trotskistas e incluso en el propio círculo cercano a Trotsky. Las disputas políticas internas, frecuentes fraccionamientos, el pequeño tamaño de los grupos y el aislamiento del propio Trotsky jugaron a favor para la infiltración de los agentes secretos. El asesinato de Liova está directamente relacionado con ello:

*“Durante los años que Liova vivió en París, su colaborador más cercano era Mark Zborowski que muchos años después fue públicamente desenmascarado como agente de la GPU. Desde la llegada de Trotsky a Estambul, cierto número de agentes stalinistas había penetrado en las filas de la organización trotskista. Sin mencionar aquí los espías locales, reclutados en el lugar y cuyas actividades no salían del marco de una sección nacional, había una buena media docena de agentes internacionales, es decir, agentes que se encontraban mezclados en la vida de varias secciones, en el trabajo del Secretariado Internacional, en la difusión del Boletín de la Oposición, que trabajaban con Liova, que se escribían con Trotsky y que incluso iban a verlo. Los tres principales de esos*

*agentes eran los hermanos Sobolevicius y Mark Zborowski. Sus maneras de actuar merecerían todo un libro. Hubo otros individuos respecto de quienes no siempre es fácil decidir si fueron agentes de la GPU colocados en la organización trotskista o vacilantes que en un determinado momento capitularon ante Stalin.”*

Ya en 1937, entre las acusaciones estalinistas y las amenazas del gobierno Noruego, primero, y del Francés, después, Trotsky y su séquito consiguieron, por intermedio del presidente Cárdenas, trasladarse a México. Para todos, incluido Van, un país nuevo y un idioma nuevo: *“Me acuerdo que en la víspera de mi viaje fui a leer en la biblioteca Sainte-Geneviève el artículo sobre México en una vieja enciclopedia”*.

Sin hablar una palabra de español, Van se encargó de todas las tratativas con los funcionarios Mexicanos para la llegada de Trotsky. Había mucho trabajo por hacer. Se desarrollaba el segundo proceso de Moscú. Cada día que llegaba por la prensa las acusaciones fabricadas por la burocracia, Trotsky respondía con un artículo. *“Había que traducir ese artículo al inglés y al español, distribuirlo a las agencias de prensa internacionales y entregarlo a los diarios mexicanos. Por la noche, yo hacía la ronda de las redacciones de los periódicos de México.”*

Desde febrero de ese año, Trotsky había reclamado la conformación de una comisión investigadora internacional para examinar las acusaciones lanzadas contra él y su hijo desde la burocracia soviética. Cuando el filósofo norteamericano John Dewey aceptó integrar e incluso presidir dicha comisión, empezaron meses de arduo trabajo de recopilación documental en las que Van jugaría un rol central: *“en los primeros meses, al lado de Jan Frankel, (Van) realizó un*

*trabajo titánico con los papeles de Trotsky, los que contribuyó todo cuanto pudo a preservar y clasificar, poco a poco, desde los años de Turquía, y a los que conocía mejor que nadie. (...) La defensa de Trotsky ante la comisión Dewey, en gran parte, reposó materialmente sobre sus espaldas. Es en esta oscura batalla que se ganó la estima de todos los intelectuales norteamericanos ganados para la defensa de Trotsky”.*<sup>5</sup> La comisión Dewey, como es sabido, encontró a Trotsky inocente de todos los cargos que le imputaba la burocracia de Moscú.

La guerra, que venía siendo anunciada hacía ya tiempo, finalmente estalló en septiembre de 1939. Con el precedente de la Gran Guerra, pero sin poder tomar dimensión del inmenso choque que comenzaba “*se advertía en Trotsky el cansancio de ver que se repetía una catástrofe de la que ya había sido testigo en 1914, pero también la fe de que en unos pocos años la guerra llevaría a la revolución socialista.*”<sup>6</sup>

Por lo tanto, las tareas políticas acuciaban. Hacía ya un tiempo que Trotsky comenzó a considerar si no era mejor que un valioso joven militante como Van Heijenoort tuviese tareas más directas, por ejemplo, en el Secretariado Internacional. Broué recuerda que “*de hecho, Trotsky se sentía culpable frente a jóvenes como Van o Jan Frankel, que le consagraban años de su vida, (...) simplemente porque su situación a su lado, por enriquecedora que fuera en ciertos aspectos, los aislaba de la vida, del movimiento real de las masas, y alimentaba en su pensamiento cierta abstracción, inevitable en*

---

5. Broué, *Op. Cit.*

6. Van Heijenoort, *Op. Cit.*

*el contexto en el que se formaban, pero lamentable. Por eso, pese al disgusto de la separación de personas irremplazables –como lo eran Jan y Van– estaba feliz de verlos volar finalmente con sus propias alas y hacer su experiencia política”.*<sup>7</sup>

En efecto, Frankel, que había estado junto a Trotsky desde antes que Heijenoort, había partido para Estados Unidos en octubre de 1937 y se había integrado a las filas del Socialist Workers Party. En Octubre de 1939 se decidió el mismo plan de acción para Van, aunque la visita a Estados Unidos sería, al menos en principio, de unos meses. El SWP atravesaba una crisis profunda. La guerra había planteado el problema del “defensismo” en torno a la posibilidad de una invasión a la URSS, y el partido se encontraba dividido al respecto. La noche anterior a su partida, Trotsky y Van hablaron sobre la situación del grupo norteamericano. Trotsky temía una ruptura. *“En esa última conversación Trotsky no me daba ciertamente ‘directivas’ que mi situación de recién llegado a Nueva York de ninguna manera me hubiera permitido aplicar. Me explicaba cómo veía él la situación y en qué dirección debía actuar, según mis medios”* <sup>8</sup>. El 5 de noviembre Van partió para Estados Unidos sin saber que nunca más volvería a ver a León Trotsky.

Nueva York

Pero era demasiado tarde. *“Cuando llegué a Nueva York, la escisión ya era un hecho”*. Esta desazón con la que comenzaba la nueva etapa en la vida de Van sería sólo la primera de muchas otras que vendrían. Van seguiría manteniendo una correspondencia regular con Trotsky, manteniéndolo informado sobre la situación del grupo norteamericano después de la ruptura, pero no terminaría de

7. Broué, Op. Cit.

8. Van Heijenoort, Op. Cit

afianzarse nunca en su nuevo lugar de militancia.

A pesar de ser a partir de 1940 el responsable en Nueva York del Secretariado Internacional, lo que implicaba arduas tareas de organización en la dirección de la Internacional, en su vida en Estados Unidos Van hizo de todo para sobrevivir. Sus habilidades variadas lo llevaron a hacer trabajos de Carpintero y de Plomero, así como profesor particular de francés. Durante varios años su vida personal no pudo estabilizarse, lo que también le trajo consecuencias en su actividad política y en su relación con los demás miembros de la dirección tanto del SI como del SWP.

Al respecto, las relaciones políticas entre la sección norteamericana y el Secretariado no eran buenas. Todavía afectados por el debate sobre la guerra y la ruptura del partido, y con los militantes europeos (en particular los franceses) en una situación desesperada ante el avance del nazismo, *“Van estimaba –y estimó hasta el final– que no había sido colocado allí en condiciones elementales de funcionamiento acordes a un organismo internacional, y que el S.I. fue deliberadamente sofocado y paralizado en su acción, que él juzgaba capital, por la mala voluntad y la pasividad de la dirección del SWP”*. Y que, aunque Van se la rebuscaba para sobrevivir, *“(eso) no impidió, me dijo, que (James) Cannon le reprochara “exigencias de pequeño burgués” respecto a los horarios de reunión con los miembros permanentes del SWP, que no tenían las obligaciones horarias de las que él era esclavo. Siempre le escuché manifestar, respecto a este período, su amargura y, a veces, cierto rencor.”*<sup>9</sup>

Menos de un año después de su partida, un hecho cambiaría para siempre la situación del movimiento trotskista internacional, y junto

---

9. Broué, *Op. Cit.*

con ello, la vida del propio Van Heijenoort:

*“Agosto de 1940. Vivo en Baltimore, donde enseño francés. El 21 por la mañana estoy en la calle. La pila de New York Times está allí, sobre la acera. Desde arriba echo un vistazo a los titulares. Está allí, en medio de la página: ‘Trotsky, wounded by ‘friend’ in home, is believed dying’<sup>10</sup>. Deambulo por las calles, luego, espero las noticias de la radio. Una voz anuncia: ‘León Trotsky died today in México City.’<sup>11</sup> Todo se confunde.”<sup>12</sup>*

El asesinato de Trotsky fue un durísimo golpe para quien había compartido gran parte de su vida adulta a su lado. Y además, habría mayores interrogantes y complicaciones para la dirección del movimiento trotskista mientras la guerra hacía que todas las cuestiones políticas fueran apremiantes. Ya hemos dicho como Van recordaba que Trotsky, a pesar de su aislamiento, se preocupaba activamente por las disputas internas de los distintos grupos esparcidos en el mundo, muchas veces logrando evitar escisiones y rupturas con sus intervenciones. Pero ahora, todo se complicaba aún más. Con Trotsky asesinado por la burocracia, con la guerra en Europa y la ocupación nazi en Francia, con los trotskistas perseguidos y asesinados en la URSS, siendo un movimiento minoritario y dividido y con los agentes estalinistas e imperialistas siempre al acecho, la militancia de esos años representaba una verdadera prueba de convicción y temple revolucionario, que Van, a pesar de que “todo se confundía”, encaró igual o más activamente

10. *“Trotsky, herido por un ‘amigo’ en su casa, se cree que agoniza.”*

11. *“León Trotsky murió hoy en la ciudad de México.”*

12. *Van Heijenoort, Op. Cit.*

que los años anteriores. Daniel Logan, Marc Loris, Ann Vincent: todos estos seudónimos con los que Van escribía en los periódicos trotskistas demuestran la incansable actividad de Van en esos años, reflejados en decenas de artículos, la mayoría de ellos de carácter polémico, donde se encuentra toda la potencia de su pensamiento cuando se proponía defender al marxismo frente a las tendencias filosóficas burguesas:

*“Centenares y millares de círculos de parlanchines, artísticos, literarios, filosóficos y, algunas veces, políticos, prosperan sin cesar entre la ‘inteligentsia’ pequeño burguesa. Atrapan al vuelo tal o tal otra idea, construyen toda “una teoría” a partir de eso y viven de ella durante algunos meses o años. Los marxistas no tienen nada en común con esos “aventureros del pensamiento”. Los revolucionarios socialistas están en los primeros puestos de una clase histórica toda entera, el proletariado. Conocen el valor de una tradición duramente adquirida. (...) El revolucionario ruso Herten llamó a la dialéctica el “álgebra de la revolución”. En realidad es mucho más que eso, su valor se extiende a todo conocimiento humano, de la sociedad o de la naturaleza. Pero por lo menos es eso.”<sup>13</sup>*

Pero ese carácter polémico de sus artículos no se debía principalmente a la filosofía, sino a la pelea política hacia afuera y sobre todo hacia adentro del movimiento trotskista. Su militancia daría un importante giro en 1943, cuando decide unirse a la tendencia Borrow-Goldman del SWP, que se oponía a la política de la dirección, encabezada por James Cannon. Frente a una concepción demasiado mecanicista sobre las consecuencias de la guerra, y la idea de que al terminar

---

13- Van Heijenoort, *El álgebra de la revolución*, Fourth International de mayo de 1940

la guerra la revolución advendría inmediatamente, la agudeza intelectual de Van y su formación anti-dogmática en el marxismo, alimentada por sus años de convivencia con Trotsky, lo hicieron defender una posición que rechazaba cualquier mecanicismo sobre la cuestión de la revolución socialista después de la guerra, y sobre todo, rechazando las ilusiones exageradas que se hacían muchos trotskistas ante el avance del Ejército Rojo sobre Europa. Contra todo un sector del trotskismo que, frente a los triunfos estalinistas en la guerra, comenzaba a embellecer a la burocracia y a sentar expectativas en su avance (lo que, a la postre, terminaría siendo la posición “oficial” de la Cuarta Internacional bajo la dirección de Michel Pablo), Van y la tendencia a la que adscribía se mantuvieron firmes en caracterizar a la burocracia del Kremlin como contrarrevolucionaria, luchando contra las lecturas unilaterales de los textos de Trotsky al respecto.

A la salida de la Segunda Guerra Mundial, los pronósticos acerca de la proximidad de la revolución socialista no se cumplieron como muchos esperaban. Y a pesar del triunfo democrático que significó la derrota del fascismo, los grandes ganadores de la guerra fueron precisamente aquellos que el movimiento revolucionario tenía como tarea combatir: el imperialismo, con Estados Unidos a la cabeza, y el propio estalinismo, que lejos de verse debilitado, terminó por afianzar su poder burocrático apoyándose en el enorme prestigio internacional que le valió haber aplastado al monstruo Nazi. La burocracia había salido reforzada no sólo en términos subjetivos sino también objetivos: ahora controlaba también la mayor parte de Europa del este. La revolución obrera tal como la había conocido Europa en el período de entreguerras no volvería a imponerse en los países capitalistas europeos, aunque sí hubo importantes levantamientos revolucionarios de carácter obrero

precisamente contra la burocracia de los países del Este, pero fueron aplastados por los tanques estalinistas. Fuera de Europa, la historia sería diferente, abriéndose un período de revoluciones triunfantes en países periféricos que se extenderían durante toda la posguerra. Estas Revoluciones dieron lugar a procesos anticapitalistas históricos e inmensos como la Revolución China de 1949, pero estos no contaron con el protagonismo de la clase obrera y darían lugar a nuevas burocracias.

En todo ese contexto, como ya hemos dicho, la línea oficial del movimiento trotskista en el Secretariado Internacional aplicaba una política de tendencia capituladora al estalinismo. Sucedió que ante el carácter progresivo de la expropiación de los capitalistas en los países del Este europeo, minimizaban con un criterio objetivista las consecuencias de la imposición burocrática sobre la clase obrera de esos países. Esta línea de acción implicaba un embellecimiento de la burocracia inaceptable para muchos militantes trotskistas, que unos años después llevaría a una gran ruptura a nivel internacional entre el trotskismo “oficial” y el así llamado “ortodoxo”.

En esos años de auge del poder de la burocracia y de fuerte crisis política al interior del movimiento trotskista, habiendo dado una pelea en minoría hacía años dentro de la fracción del SWP, y siendo finalmente expulsado del mismo en 1948 junto a sus compañeros de tendencia, Jean Van Heijenoort no resistió semejantes condiciones adversas. Desmoralizado, Van, el militante, el secretario, el guardaespaldas, el amigo, finalmente rompió definitivamente con el trotskismo y con el marxismo. Escribió un balance del siglo transcurrido desde la publicación del Manifiesto Comunista, concluyendo que la clase obrera, su capacidad política y su papel histórico no resultó ser el que esperaban los marxistas. Y

se preguntó, apropósito de los crímenes del régimen soviético que comenzaban a salir a la luz, “*si los bolcheviques, al establecer un régimen policial irreversible, al anular toda opinión pública, no habían preparado el terreno sobre el que habría de salir el enorme hongo venenoso del stalinismo.*” <sup>14</sup> En el contexto del retroceso del movimiento revolucionario a expensas del estalinismo, esta posición fue expresada equivocadamente también por otros grandes ex militantes que habían sido aliados de Trotsky, como en el caso de Víctor Serge.

Para Van, la ideología comunista a la que había adherido desde muy temprano en su adolescencia estaba en ruinas. Y junto con ella, la vida de militante revolucionario que había construido desde hacía más de 20 años. Mientras el Siglo XX daba a luz a una nueva etapa histórica, como una especie de personalidad atada a los grandes acontecimientos, Jean Van Heijenoort tuvo que construir otra vida. Pero, ¿de qué aferrarse, cuando todo lo que uno creía parece venirse abajo? Sólo había una cosa que había apasionado a Van durante toda su vida a la par de su militancia comunista, una cosa que, en su rigurosidad deductiva y profesión de exactitud, parecía asegurarle la firmeza que necesitaba para no volver a sentirse desilusionado ante su proyecto de vida. Comenzaba la vida de Jean Van Heijenoort, el lógico, el matemático.

## De Nueva York a Stanford

En 1949, Van Heijenoort se doctoró en Matemáticas en la Universidad de Nueva York. Se dedicó de lleno a su nueva profesión, en la que, con el tiempo, llegaría a ser un autor de renombre. No sólo era

---

14. Van Heijenoort, J. *Con Trotsky en el exilio: de Prinkipo a Coyoacán*, Marxists Internet Archive, 2013.

un matemático “teórico”, sino que fue también y sobre todo un historiador de la lógica y de la matemática.

Ya en los años '50 se integró al departamento de matemáticas y se convirtió en profesor de filosofía de la Universidad de Columbia, también en Nueva York. Alejado de toda actividad política, continuó su carrera un largo tiempo en la Universidad de Brandeis, Massachussets, como Profesor Titular de Filosofía e Historia de la Lógica, entre 1965 y 1979, y luego sus últimos años en la Universidad de Stanford.

Esa época en Brandeis, además, coincide con su etapa de mayor producción intelectual en el ámbito de la filosofía de la matemática y la lógica. Publicó varios libros y decenas de artículos, pero sin dudas su trabajo más destacado y que le dotaría de renombre académico fue el que publicó en 1967, una antología de traducciones titulada *From Frege to Gödel: A Source Book in Mathematical Logic, 1879-1931*.

La obra<sup>15</sup> está constituida por 46 traducciones hechas por Heijenoort, la primera de ellas la más significativa, al ser la primera traducción completa al inglés de la *Begriffsschrift*<sup>16</sup> de Frege de 1879. Las cuarenta y cinco restantes son diversos artículos sobre lógica matemática y teoría de conjuntos que abarcan el período 1889-1931, llegando a la traducción del artículo fundamental de Kurt Gödel en

---

15. En este punto me gustaría aclarar que estoy muy lejos de ser un especialista en estos temas. Me limito a intentar dar cuenta de la amplitud intelectual de Van Heijenoort y de sus preocupaciones teóricas, sin estar capacitado para hacer una valoración sobre el contenido de sus aportes en esta materia.

16. En español habitualmente traducida como *Conceptografía o Ideografía*.

el que postula sus famosos *teoremas de incompletitud*. La mayoría del contenido del *Source Book* antes de su publicación no era de fácil acceso ni siquiera en las principales bibliotecas universitarias de Estados Unidos o no existía directamente traducción al inglés. La mayoría de los artículos, además, incluía una introducción escrita por el propio Heijenoort, donde incluía sus propias consideraciones teóricas.

El período histórico recortado por el *Source Book* está muy lejos de ser arbitrario, sino que abarca un período fundamental y apasionante para los lógicos y matemáticos: la época de la comúnmente llamada “crisis de los fundamentos”. Mientras la teoría de conjuntos formulada por Cantor parecía haber conseguido un fundamento seguro para la matemática despojado de presupuestos empíricos o psicológicos, Frege, apoyándose en esos desarrollos, se había embarcado en el proyecto ‘logicista’ de reducir la totalidad de la matemática (y del lenguaje) a axiomas lógico-formales. Si la totalidad de los conceptos fundamentales de la matemática podían deducirse de axiomas lógicos, su exactitud y verdad estarían aseguradas. Pero el descubrimiento de la paradoja de Russell, en 1902, demostraba el carácter contradictorio de las matemáticas cantorianas, y con ello parecía venirse abajo todo el proyecto fregueano.<sup>17</sup> El hecho es que “*la posibilidad de crear conceptos no era tan ‘libre’ como Cantor había presupuesto; era menester que existieran condiciones limitadoras a partir de las cuales era difícil*

---

17. Recordemos que la paradoja suele plantearse así: hay conjuntos que forman parte de sí mismos y otros que no forman parte de sí mismos. ¿Qué ocurre con el conjunto de los conjuntos que no forman parte de sí mismos? Si forma parte de sí mismo, entonces no forma parte de sí mismo, y si no forma parte de sí mismo, entonces forma parte de sí mismo.

*afirmar una naturaleza puramente lógica.”*<sup>18</sup>

Pero no era sólo el proyecto logicista de Frege lo que estaba en juego. Comenzaba una época de crisis en los fundamentos de los conceptos matemáticos: “*Estaban comprometidos todos los desarrollos matemáticos que, a partir de las primeras aplicaciones de Cantor al estudio de los conjuntos de puntos, habían constituido el mérito fundamental de la teoría de conjuntos para obtener un reconocimiento concreto por parte del mundo matemático*”

<sup>19</sup> En respuesta, comenzaban entonces los intentos de rescatar a las matemáticas de su crisis, y los principales intentos de hacerlo formaron “grandes escuelas” que dominaron el debate especializado hasta la década del '30. La reacción “anti-logicista” estuvo encabezada por el constructivismo de Poincaré y de manera aún más radical por las matemáticas intuicionistas de Brouwer, que propugnaban un divorcio total entre lógica y matemática. Por el otro lado, otros autores como el propio Russell y Ramsey intentaron reflotar el proyecto logicista, esta vez atendiendo a las antinomias descubiertas, y más tarde, en la década del '20, esta línea fue continuada, aunque de manera diferente, con la escuela formalista de Hilbert, que a su vez se vio condenada al fracaso, al menos en sus pretensiones originales, con el descubrimiento de los ya mencionados teoremas de incompletitud de Gödel, que demostraban que ninguna teoría matemática formal podía ser a la vez consistente y completa, por lo que el proyecto de fundamentar la totalidad de las matemáticas sobre bases estrictamente lógicas se reveló inviable tal como lo habían planteado los logicistas desde finales del Siglo XIX.

---

18. Mangione, C. *La lógica en el Siglo XX*, p. 207

19. *Ibid.* p. 204

El libro de Heijenoort constituyó, en su época, una obra fundamental para el conocimiento histórico y la comprensión de ese período de las matemáticas, mostrando en toda su dimensión el carácter crucial del resultado del trabajo de Gödel, el cual “[constituyó] *la línea de demarcación entre dos épocas diferentes de la investigación lógica*”<sup>20</sup> Heijenoort, además, fue parte del equipo de trabajo que se encargó de publicar la obra póstuma de Gödel.

Con respecto al *Source Book*, fue definitivamente la obra con la que Van Heijenoort terminó de hacerse con cierto renombre en el ámbito intelectual norteamericano, un nombre que, por razones muy distintas, ya había comenzado a forjar treinta años antes, cuando se puso al hombro la titánica tarea documental de la defensa de Trotsky en la ya mencionada Comisión Dewey. Pero defender la verdad histórica en torno a la figura de León Trotsky era una tarea que continuaba inacabada. Heijenoort seguía siendo aquel que más y mejor podía ordenar, clasificar, datar y reconstruir las miles y miles de fojas de cartas, artículos y escritos de la época del exilio que estaban guardados en el archivo Leon Trotsky. Es que, con o contra su voluntad, a pesar de haber construido una nueva vida de pleno derecho, de haberse alejado de toda actividad política organizada, Van Heijenoort, el profesor, el matemático, no podía simplemente desprenderse de su pasado de haber sido alguna vez el joven Van, el secretario, el militante, el amigo.

## De París a México, otra vez

Luego de su ruptura política en 1948, no fue hasta nueve años después que Van no volvió a aportar al menos significativamente al

---

20. *Ibid.* p. 226.

movimiento que él mismo había ayudado a construir en la década del '30. Pero esta vez lo haría no como militante, sino como quien ha sido testigo directo de una parte de la historia y siente sobre sus espaldas la responsabilidad de ayudar a transmitirla. Sobre todo cuando esa historia había que defenderla frente a las calumnias y difamaciones estalinistas.

Fue en 1957 cuando Van regresó a Europa, casi 20 años después de haberse subido en Francia al barco que lo llevaría a Estados Unidos para luego instalarse en Coyoacán. Volvió a Paris a cuenta de la Universidad de Harvard. Fue enviado en busca de los documentos del archivo de Leon Sedov, que Trotsky había vendido pero no suministrados a Harvard.

Van se sumergió entonces en la titánica tarea de clasificación de los cientos de miles de documentos que conformaban el Archivo Leon Trotsky en Harvard, tarea que le ocuparía largos años: *“sin él, sin ese inmenso trabajo, una importante fracción de los documentos hoy identificados, clasificados, generalmente traducidos, publicados, comentados, sólo sería una masa de viejos papeles incomprensibles.”*<sup>21</sup> Gran parte de lo que hoy podemos llamar la obra de Leon Trotsky se debe al trabajo de archivista de Van.

Su inmenso trabajo con los “Trotsky papers” lo llevarían a conocer, a fines de los '60, al historiador trotskista Pierre Broué, que hacía años que se dedicaba a reconstruir la historia del trotskismo y estaba interesado en embarcarse en el proyecto de la publicación de las obras completas de Trotsky.

Después de conocerse en un despacho de la Sorbona, Van y Broué

---

21. Broué, P. Op. Cit.

se veían a menudo, a veces en París, a veces en Harvard o en Stanford. Distantes entre sí al principio, manteniendo una relación casi exclusivamente profesional, con la lectura por parte de Van de *El Partido Bolchevique*, Broué se ganó su confianza y entablaron rápidamente una estrecha relación de amistad.

Van sentía que el trabajo de Broué lo ayudaba a sacarse una mochila de la espalda. Siempre se había sentido en deuda con respecto a la responsabilidad que le cabía de plasmar su experiencia en el exilio junto a Trotsky, y el trabajo de Broué lo animaba a continuar su labor con los archivos, por un lado, y a reconciliarse con su pasado, por el otro: *“No olvidaré su emoción, la alegría que hacía cantar a su voz, cuando me anunció por teléfono que, por fin, acababa de revisar las famosas cartas del Viejo a Liova, con las largas postdatas manuscritas sobre los originales dactilografiados, que había creído perdidas para siempre”*. Después de los duros años 40, con la ruptura con todo lo que había creído y por lo que había luchado hasta el momento, con el esfuerzo de “construir una nueva vida”, Van volvía a emocionarse cuando encontraba alguna carta perdida del “Viejo”. Su sentimiento de “desahogo” al poder asegurarse que su experiencia con política y personal con Trotsky no caería en el olvido lo refleja Broué de la siguiente manera:

*“Año tras año, creí notar que él ya no se acordaba del todo de episodios importantes que me había contado personalmente. Rápidamente, a pesar de mi sorpresa inicial, tuve que rendirme a la evidencia y admitir que él olvidaba precisamente lo que me había contado. Hecha la verificación una y otra vez, prudentemente se lo dije y él me sorprendió con su sonriente autosatisfacción: él era, decía, una máquina muy a punto, ya que al envejecer regulaba de este modo el problema de su sobrecarga, eliminando sólo*

*aquello que se había asegurado que estaría preservado. Lo más sorprendente es que era cierto.”*

En 1977 Broué fundaría el *Instituto León Trotsky* y comenzaría la publicación de los *Cahiers Leon Trotsky*, de los que llegarían a editarse 27 volúmenes de las obras completas de Trotsky en vida de Broué. A pesar de haber sido un actor fundamental para posibilitar dicha tarea, Van se negó tajantemente hasta el final a ser mencionado o reconocido en su inestimable ayuda para la publicación de los cuadernos.

En esos años de acercamiento a su pasado con Trotsky, Van se sintió listo, por fin, a redactar algo así como sus memorias de la vida en el exilio. Como vimos, con un estilo sencillo y discreto, lejos de buscar encarar una obra biográfica ni historiográfica, Van logró volcar sus recuerdos en un pequeño opúsculo que publicó en 1976, bajo el título de *Con Trotsky en el exilio, de Prinkipo a Coyoacán*.

A partir del testimonio de Broué, sabemos que los últimos años de su vida Van Heijenoort los vivió aliviado con su pasado, sin por eso haber regresado a la militancia política jamás. Sus últimos años los vivió en sus dos pequeñas oficinas de las que estaba orgulloso: una en Harvard, otra en Stanford.

Van Heijenoort fue en todas sus dimensiones, contradicciones, posibilidades y límites, una personalidad propia del Siglo XX, el siglo más revolucionario de la historia de la humanidad, donde los límites entre biografía e historia parecen elásticos, porosos, fronterizos. En las grandes épocas donde la revolución y la contrarrevolución marcan el ritmo histórico, la vida personal y la social se refractan entre sí haciendo difícil separar tajantemente lo

que cada una reclama como propio cuando llega el momento de discutir la herencia. La época de la revolución es también, para quienes la viven, una pequeña revolución en cada una de sus instanciaciones. Y Jean Van Heijenoort tuvo que revolucionar su vida varias veces.

Tuvo dos hijos y cuatro esposas. La última de ellas, de la que también estaba distanciado, vivía en las afueras de la Ciudad de México. México, esa ciudad a la que Van había llegado sin hablar una palabra de español en 1937, lo encontraba de vuelta, pero una noche de fines de marzo de 1986, yendo a visitar a su cuarta esposa. Esa noche ella lo asesinó de dos disparos y luego se suicidó. También la tragedia pertenece al Siglo XX.

Su trabajo de recuperación del pensamiento y la acción del revolucionario ruso contiene una riqueza invaluable para las generaciones que le somos posteriores, pero también su propia vida contiene en sí misma un testimonio real, sin idealizaciones, con vacilaciones, errores, rupturas y reconciliaciones de lo que significa la militancia revolucionario en los años cruciales de la lucha de clases del siglo pasado, cuyo estudio y experiencia debemos retomar en todas sus dimensiones para enfrentar los desafíos de la revolución en el futuro.

Van, el militante, el secretario, el traductor, el guardaespaldas, el profesor universitario, el historiador de la lógica, el matemático, “*el amigo, en la plena acepción de la palabra*”<sup>22</sup>, como lo definiera André Bretón en aquel discurso de 1938 que lo fastidiaría. Van Heijenoort fue un personaje que le pertenece de pleno derecho al Siglo XX, y que un poco el Siglo XX también le perteneció a él.

---

22. Bretón, A. *Op. Cit.*